



Antropología: en busca de la transparencia

Se dice que los seres humanos son racionales, seres pensantes. No por nada han decidido distinguirse de otras bestias adoptando el nombre de *Homo sapiens sapiens*. Dos veces *sapiens*, para que quede claro lo racionales que somos los seres humanos modernos.

Sin embargo, todo aquel que haya vivido la experiencia de *ser humano*, sabrá que en muchas ocasiones estamos lejos de ser seres racionales. Los seres humanos podemos, mentir, hacer daño a alguien que amamos, gastar antes de ahorrar, hablar lenguas extrañas, comer picantes insoportables, creer en la vida después de la muerte, procrastinar ante un montón de pendientes, tener fe.

Durante mucho tiempo, estos ejemplos caricaturescos de la condición humana fueron eso, caricaturas inexplicables para aquellos investigadores europeos que ya no cabían en la categoría de abogados o sociólogos. Movidos por la racionalidad y el empirismo moderno del siglo XVIII, los primeros antropólogos partieron en busca de respuestas a todo aquello que aún resultaba opaco e incomprendible de la "naturaleza humana". Pero, ¿dónde encontrar dichas respuestas? Las llamadas sociedades primitivas se convirtieron rápidamente en el terreno de juegos de la disciplina antropológica, al considerarlas como ese antecedente irracional de las sociedades modernas. Ante este encuentro con el otro, el "salvaje", el "primitivo", el antropólogo se construyó poco a poco como una figura

de autoridad, la única autorizada para hablar de y por los otros.

Afortunadamente, gracias a la experiencia que otorga el trabajo de campo al antropólogo, esta perspectiva colonialista habría de cambiar con el pasar de los años. El encuentro con el otro, en palabras del antropólogo británico Tim Ingold, es visto hoy como una conversación, una donde el antropólogo está dispuesto a escuchar, ya no a su "objeto de estudio", sino a su interlocutor. Es decir, a ese otro que está frente a mí y que tiene algo que decir, algo que *aprenderme* sobre la condición humana. Porque la antropología, desde esta perspectiva, es un estudio con la gente y no sobre la gente.

En ese sentido, la antropología es importante porque nos aprende a escuchar al otro. Y en ese intercambio, nos damos cuenta de que, como ya lo señalaba el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss, las maneras de pensar de los distintos grupos humanos se encuentran más compenetradas de lo que imaginamos. Paradójicamente, el conocimiento de la diferencia nos permite hablar de los puntos en común que compartimos como seres humanos. El conocimiento de la diferencia nos enseña sobre la diversidad y su preservación, y es pertinente hoy en día, cuando enfrentamos la uniformación cultural promovida por la globalización y el neoliberalismo.

Sin embargo, no nos dejemos guiar tampoco por los discursos fatalistas que presagian la desaparición de las culturas. La antropología no es la ciencia de los conocimientos cerrados, que pueden ser almacenados y consultados después sin mayores cambios. La antropología es la disciplina de lo abierto, del conocimiento en constante transformación, que plantea muchas más preguntas que respuestas. Prefiero pensar que la antropología permite, retomando una vez más a Lévi-Strauss, comprender la forma en la que el mundo cambia; por lo que no habla sobre la pérdida cultural, sino de su transformación. Ella nos permite entrar en todos esos intersticios de la condición humana a los que muchas otras disciplinas no tienen acceso, y develar así todos esos conocimientos que, lejos de ser transparentes, son más como piedras preciosas que deben aún ser pulidas.

Finalmente, la antropología sobresale de entre otras ciencias porque, me parece, no es una disciplina que se sitúa en este espíritu del conocimiento por el conocimiento, propio de una lógica de acumulación casi capitalista. Si el conocimiento antropológico importa, es porque este es capaz de atravesar, primero, al propio antropólogo y después a los demás. En este camino, como bien lo señala Ingold, ese conocimiento se convierte en sabiduría. Sabiduría capaz de transformar nuestra propia existencia y, por ende, nuestra sociedad. 